

Jesuitas? No; y aun se puede decir que su destruccion reca-
yó sobre ellas. En algunos países, como en Francia, se vió
obligado el gobierno á sacar del tesoro público el dinero ne-
cesario para pagar las pensiones; y aunque estas fuesen te-
nuisimas, porque se tenia por bastante para un individuo pros-
crito, cual era un Jesuita, la suma de cuatrocientas libras
que se le ministraba cada año para proveer á la propia sub-
sistencia, y á las necesidades de la ancianidad y de los males
que les son consiguientes, siempre todas estas cantidades reu-
nidas no dejaban de formar una masa considerable, y de au-
mentar los gastos, cuando todo imponia una ley de disminu-
irlos. Débese añadir, que no solo no eran reembolsados los
acreedores de los Jesuitas, sino que pasaban años enteros sin
que ni aun recibiesen los réditos del dinero que habia sido hi-
potecado sobre sus colegios. El negocio del padre Lavalette
era siempre lo que se les ponía delante, para justificar la ne-
gativa de pagos de rigurosa justicia. Presentábase continua-
mente un estado mas cuantioso de las deudas contraídas por
ellos, sin que jamás fuese posible penetrar en este misterio de
iniquidad; y no obstante, tres ó cuatro consejeros del parla-
mento de París, nombrados comisarios para los asuntos je-
suiticos, recibian dos luises de oro por cada vez que se reu-
nian; que era dos veces á la semana. Habia además otros
tantos abogados, procuradores, notarios y otras sanguijuelas,
que formaban la corte de la administracion de curiales del
dólo y del fraude, que recibian sueldos proporcionados á sus
profesiones. Esta comision todavia subsistia cuando la revo-
lucion sobrevino, y habria subsistido hasta tanto que los bie-
nes no hubiesen sido absorbidos todos.

No me estenderé mas sobre todos los otros males resul-
tantes de la destruccion de los Jesuitas. Me seria muy fácil
presentar un cuadro tan fiel, como capaz de hacer gemir so-
bre su enormidad. Podria mostrar cuan rápidos progresos ha
hecho la impiedad enmascarada bajo el nombre de filosofia
desde esa infeliz época; como el tolerantismo empezó á in-
troducirse, y haya inspirado la mas grande indiferencia por la
religion, y el mayor desprecio á sus ministros, los atrevidos
esfuerzos que esta impiedad ha hecho en seguida para atacar
todos los buenos principios con obras que solo el infierno po-
dia dictar; el número inmenso de prosélitos que hizo lison-
geando todas las pasiones. De aquí el abandono casi total
de las prácticas religiosas, la desercion de las iglesias, las
instrucciones abandonadas, la insubordinacion públicamente
manifiesta, el espíritu de rebelion y de revolucion esparcido
por todas partes; las reuniones y asociaciones, donde no solo
se enseñaba el deísmo, sino el ateísmo mas desenfrenado, co-

mo regla de conducta; el libertinage de las costumbres, de
que el mismo paganismo mas disoluto se habria avergonzado.
Y no se crea que estos males hayan sido particulares á un
país: ellos han infectado á toda la Europa, han invadido co-
mo gangrena todas las creencias, las sectas, las edades, los
séxos, las condiciones. No se ven por todas partes sino las
ruinas de los antiguos principios y el establecimiento de los
nuevos, que presagian desgracias mayores tal vez que las que
hemos visto hasta aquí.

Pero lo que hace honor infinitamente á los Jesuitas, y
sirve tambien á su apologia mas que toda otra cosa, y hace
preciosa su memoria, es lo que generalmente se confiesa. Si
ellos hubiesen subsistido, se dice, este torrente de iniquidad
habria sido reprimido, la revolucion francesa no se habria efec-
tuado; el desventurado Luis XVI todavia estaria sobre el
trono, y aun haria la felicidad de su pueblo. Esta revolucion
no habria estendido sus estragos á los infelices países que han
sido sus víctimas. Las propiedades habrian sido respetadas,
la verdadera libertad, la seguridad de todo individuo mante-
nidas bajo la proteccion de las leyes; y los torrentes de sangre
no habrian inundado la tierra. Hay sin duda, otras causas
de estas desgracias; pero no se teme asegurar, que la destruc-
cion de los Jesuitas ha sido la primária.

Aquí se presenta una observacion que no parecerá in-
oportuna. Precisamente en el mismo tiempo y en el mismo
año, que el parlamento de París pronunció la destruccion de
los Jesuitas, apareció la obra de Rousseau intitulada: *Emi-
lio, ó de la educacion*. Dejémos á un lado los talentos del au-
tor, bastante conocidos y alabados, ni atendámos á la infini-
dad de errores, paradojas y sofismas, de que esta obra está
llena. No hablémos sino del principio, en algun modo, fun-
damental que en ella se establece. Consiste en dar una li-
bertad total á los niños, en no inquietarlos ni contrariarlos, en
dejarles hacer lo que apetezcan, para no impedir el desarro-
llo de sus órganos, y no ocuparse de su moral, sino cuando
su razon esté formada.

Solo el génio mas maléfico ha podido publicar esta máxi-
ma, cuyas consecuencias fueron incalculables por sus malas
resultas. Ella lisongeaba mucho la pereza y abandono de los
padres, de los preceptores y los ayos, para no ser adoptada
con transporte, y mirada como una de aquellas verdades des-
conocidas hasta entónces, aprendidas acaso de los solos sal-
vages que se tomaban por modelo. Ellos se hallaron con es-
to desembarazados de todo el cuidado de vigilancia que exige
la niñez y creyeron haber cumplido todos sus deberes, siem-
pre que un niño ya no estaba oprimido por fajas ó cotillas,

las cuales podian deformar la estructura; cuando se le metia en baños de agua helada para endurecerle; cuando se violaban las mismas reglas del pudor no cubriéndole sino de ropas transparentes, y tal vez no del todo; cuando estaba en libertad de correr, de saltar, de encaramarse sobre los árboles, á riesgo frecuentemente de romperse el pescuezo; cuando podia ser impunemente caprichoso, maligno, perverso, atrevido, desvergonzado y contraer los hábitos mas detestables; cuando se celebraban sus impertinencias que se tenia la bondad de tomar por rasgos de talento; finalmente, cuando se le dejaba en una ignorancia profunda de las máximas de la moral y de la religion.

¿Y qué? ¿vos quereis que vuestro hijo viva en lo sucesivo bajo el imperio de las leyes, que viva en la sociedad, que respete los usos, y no lo disponeis para los deberes que se verá obligado á cumplir? Estos deberes, (lo sé muy bien) son onerosos, incómodos, severos; son contrarios á las pasiones; pero tambien su observancia es de necesidad rigorosa. Quereis esperar que su razon se forme para hablarle de Dios y de religion, para hacer germinar en su corazon las virtudes que deben constituir la felicidad real de su vida; pero ya no será entónces tiempo, cuando haya contraido habitudes viciosas, y cuando su espíritu rebelde resistirá á cualquiera leccion que se le pueda dar. *Quisierais igualmente dice un autor muy sensato, hablando de esta paradoja de Rousseau, quisierais sostener, repilo, que para aprender á tocar un instrumento convenga esperar á que los dedos estén rigidos.*

Decis, que quereis seguir la marcha de la naturaleza en vuestro plan de educacion ¿pero sabeis bien lo que es la naturaleza abandonada á sí misma? Escuchad lo que dice Bayle, cuyo testimonio no puede pareceros sospechoso; él vale tanto por lo menos, quanto el de Rousseau. "¿Qué cosa es, os ruego me digais, la voz de la naturaleza? ¿cuales son sus sermones? Que es necesario comer bien y beber bien, gozar bien de todos los placeres de los sentidos; preferir el propio interés al de los demás; acomodarse á quanto se encuentre que nos convenga; hacer antes una injuria que sufrirla; vengarse bien. No es necesario esperar á que el comercio con los hombres malos inspire estas pasiones: ellas aparecen no solo en las bestias que no hacen mas que seguir el instinto de la naturaleza, sino tambien en los niños; ellas son anteriores á la mala educacion; y si el arte no corrigiese á la naturaleza, nada habria mas corrompido que el espíritu del hombre, nada en que todos estuvieran mas de acuerdo por consentimiento unánime, que es deber concederse al cuerpo todo lo que quiere, y satisfacer la ambicion, la envidia y el deseo de la venganza quanto se pueda".

Si descais una prueba de la verdad de tales asertos, voy á citaros un singular ejemplo. Yo he conocido, dice un hombre á quien se puede creer, un muchacho al que sus imprudentes padres habian educado conforme á los perniciosos principios del filósofo de Ginebra. A los ocho años era un monstruo de lubricidad y bellaqueria; á los once habia asesinado al criado mas fiel de la casa. Fué necesario hacerle desaparecer de la compañía de los vivos, é impedir con violencia al padre que no le matase. ¿Pero qué necesidad hay de referir hechos particulares, cuando nosotros mismos somos testigos de los efectos de esta educacion trazada por Rousseau, ó mas bien de esta total falta de educacion? Dirijase la vista sobre todos aquellos individuos, en quienes desde su infancia se ha seguido este detestable sistema. Su número es muy considerable, y nosotros estamos rodeados de ellos. ¿Y será posible encontrar seres mas llenos de una altivez insolente, mas penetrados de un bárbaro egoismo, mas insensibles á los males ajenos, mas desmoralizados, mas rebeldes á toda especie de autoridad, mas horriblemente impios, no respetando ni lo sagrado ni lo profano, y engolfándose sin temor ni remordimiento en los vicios mas infames?

No era este el sistema de educacion seguido por los Jesuitas; y si se quiere juzgar, por una prueba de hecho sensible, y al alcance hasta de los espíritus mas vulgares, de la diferencia que se halla entre uno y otro, basta ponerlos en comparacion. Por dos siglos y algo mas que los Jesuitas han existido, y que han estado encargados de la educacion en la mayor parte de Europa, la religion fué honrada, respetada, practicada; y ninguno negará, sin duda, que inculcándola con infinito cuidado en el espíritu y en el corazon de sus discípulos, fué como ella reapareció con lustre, oscurecido en algun siglo. De esta primera fuente se habia seguido por una consecuencia necesaria la regeneracion de las costumbres, la consolidacion de los buenos principios, la sumision á las legítimas autoridades, la buena fé en el comercio de la vida, la práctica, en fin, de las virtudes religiosas y civiles, que se hacian muy generalmente observar entre los educados por los Jesuitas; porque tal es el objeto principal de la educacion propiamente dicha. De aquí es que San Ignacio, su fundador, no habia querido servirse del segundo, que consiste en la instruccion, sino para llegar al primero. Pretendia que los que hubiesen abrazado su instituto, no se encargasen de los collegios, ni enseñasen en las universidades, sino con el fin de inspirar á la juventud el amor y la práctica de la religion. Sabia que cuando ella ha sido imbuida en los buenos principios, no solo los conserva en el curso de su vida, mas los propaga in-

sensiblemente en todas las clases de la sociedad. De esto nace que nada recomienda tanto á los maestros y á los profesores, quanto el adherirse á esta parte esencial, no perderla jamás de vista en sus lecciones, dirigir á ella aun los pasages de los autores profanos que tengan alguna relacion, y tener sobre la conducta de sus discípulos la mayor vigilancia, sea durante todo el tiempo que están á su vista, sea en sus casas particulares, y hasta en sus recreos y diversiones. Los que han estudiado con los Jesuitas, saben con quanto empeño observaban los deberes que les eran impuestos sobre este punto, los establecimientos que habian formado para inspirar los sentimientos de religion, las congregaciones, los retiros, los ejercicios diversos de piedad, los sermones, la obligacion de frecuentar los sacramentos. Es verdad que no todos sus discípulos se aprovecharon de estos multiplicados auxilios; pero muchos sacaron de ellos las mayores ventajas, y el mayor número conservaba, á lo menos, un fondo de buenos principios, que se despertaban, despues que la edad habia amortiguado la efervescencia de las pasiones. No tememos avanzar que, bajo este aspecto, los Jesuitas no tenian iguales entre todos los otros que se ocupaban de la educacion (24).

Por lo que mira al segundo objeto de esta, que es la instruccion, su gloria es incontestable. Ella está escrita sobre monumentos eternos, si me es permitido espresarme así. ¿No son ellos los que han formado la mayor parte de los hombres doctos, cuyas fatigas y producciones han sido tan útiles á la sociedad? ¿No son los que con sus lecciones, al par que con sus obras, han disipado las tinieblas de la ignorancia, han restablecido las ciencias, y devuelto al espíritu humano aquellas luces y lustre que tenia en los siglos de Alejandro y de Augusto? ¿No son ellos, los que depositarios del buen gusto, lo han transmitido á sus discípulos, los que versados en el griego y en el latin, han hecho conocer con sus esplicaciones y comentarios, las bellezas de los autores que han escrito en estos idiomas, y se los han puesto delante como los únicos modelos que se deben seguir, para distinguirse en la carrera de las letras? ¿Finalmente, no son ellos los que han excitado en todos los otros cuerpos, encargados igualmente de la instruccion de la juventud, aquella noble emulacion, tan ventajosa para el público, por los mútuos esfuerzos con que se empeñan en sobrepujarse los unos á los otros? ¿Y desde que ya no existen, no se vé quanto el vacío dejado por ellos haya producido los mas funestos efectos, no solo por la falta de sus lecciones, sino además por la decadencia sensible de la educacion confiada á los otros? Yo no exceptúo ni aun á las universidades protestantes, como ya lo he hecho observar. Ello

es cierto, que si no se pone en esto un pronto remedio, se va á recaer en la ignorancia; y de esta á la barbarie no hay mas que un paso. Ya la lengua latina, que es por otra parte la llave de todas las ciencias, ha experimentado un terrible atraso; y se dirá de ella de aquí á veinte años lo que se decia antes del griego: *Græcum est, non legitur*: está en griego, no se lee. Me seria fácil continuar presentando un cuadro desgraciadamente muy fiel del deplorable estado, en que han caido las otras ciencias humanas; pero no hay ninguno que no lo vea, y no suspire por un cambio feliz.

Este cambio puede hacerse, restableciendo á los Jesuitas. Estos tenian un excelente método de enseñar, de que no eran en verdad los autores. Ellos habian adoptado lo que se practicaba en la universidad de París, aquella escuela de todas las ciencias, tan famosa y floreciente por muchos siglos, y que sirvió de modelo á las que fueron establecidas en los otros estados de la Europa. Este método tenia mucho del que habia sido seguido por los antiguos, y los Jesuitas lo habian perfeccionado mas. El no se apoyaba sobre principios falsos y erróneos, como el propuesto por Rousseau, y como el de los otros compiladores de planes, que de treinta ó cuarenta años á esta parte han inundado al público de libros sobre la educacion, por lo menos inútiles, cuando no peligrosos; pero el método de que se trata, era verdaderamente conforme al curso de la naturaleza, y dirigido segun el progresivo desarrollo del espíritu humano.

Entremos en algunos detalles sobre este punto, para hacer mas sensible la cosa, para convencer á los lectores de la verdad de nuestro aserto, y para hacer volver á no pocos de sus preocupaciones, sobre una materia que no podria ser bastante profundizada para los primeros años. ¿Cual es la facultad del alma que domina en un niño? Ninguna otra fuera de la memoria: ella es la única. Su talento y su razon no están aún formados. Luego no se puede cultivar otra cosa sino su memoria, introducir en ella palabras, y hacérselas aprender. No os precipiteis en querer forzar su pequeño entendimiento. Persuadios, que dándole tiempo, el significado de estas palabras se irá desarrollando insensiblemente en su alma, y vosotros mismos quedareis sorprendidos en verlo, cuando las ideas que le habreis inculcado, por decirlo así, maquinalmente, habrán germinado con ventaja en su cabeza, al verlo, repito, desarrollarlas con facilidad, dar razon de todas las dificultades que habian sido enigmas para él, y correr despues á pasos de gigante en el curso de sus estudios.

Este era el motivo porque los Jesuitas aplicaban largo tiempo sus discípulos á la gramática; y no se debe creer que

fuese un tiempo perdido, como muchos se lo figuran. Sabian que la gramática es la base de todos los conocimientos humanos; que sin ella no se tienen sino conocimientos vagos, inciertos y aun incoherentes, porque está fundada sobre una lógica natural, pero bastante razonada. Sabian tambien que ella es espinosa, disgustante, que presenta grandísimas dificultades, que fuera de la primera edad no se pueden devorar. Para convencerse de ello basta dar una ojeada á las personas, que en edad mas avanzada quieren aplicarse á aprenderla. Son pocos los que logran sus esfuerzos. Ellos no pueden abrazar una infinidad de detalles que les parecen menudencias, y se enfadan; quedándoles el disgusto de no poderse poner al nivel de aquellos, á quienes las dificultades gramaticales han ocasionado alguna poca pena, y aun acaso alguna lágrima, pero pasajera, en su primera edad. Este estudio de la gramática no impide por otra parte, que se ejerciten los niños en adquirir otros conocimientos que dependen de la memoria, como la geografía, la historia, la obligacion de aprender de memoria y de recitar los mejores trozos de los autores mas propios para hacer impresion en ellos. Los Jesuitas lo practicaban así generalmente en sus colegios; y si no los practicaban todos, hacian mal; debería en su restablecimiento hacerseles de esto una ley particular.

Sigámoslos en el curso que recorrian con sus discípulos, cuando ya salidos de la oscuridad ó del crepúsculo ligero de la infancia: esto comunmente sobreviene ácia la edad de doce ó trece años. Entónces la imaginacion comienza á desenvolverse, y con ella la sensibilidad. Ayos, y maestros prudentes y hábiles, ¡ah! velad sobre esta edad: ella es peligrosa y llena de escollos. Las pasiones se manifiestan. Ya mugen ellas, y amenazan, rompen todo dique, si no se tiene el arte de enderezarlas ácia útiles objetos. Los Jesuitas tenian este arte. Yo no hablo solamente de la elevacion de los sentimientos que inspiraban, y que parecian en lo general distinguir á sus discípulos, y hacerles en seguida conocer en el mundo. Sabian tambien enriquecer su imaginacion, y nutrir su sensibilidad con ideas grandes y magnificas pinturas. Ellos los habian hecho capaces en sus primeras clases de explicar y entender los autores, y en el curso de humanidades y de retórica les ponian en las manos los poetas, los oradores, los históricos; hacianles sentir las bellezas, enseñábanles á evitar los defectos, los formaban en el buen gusto, los ejercitaban con algunas composiciones, ya en verso ya en prosa, sobre objetos propios para interesarlos con el encanto, la ficcion, y los mas hermosos rasgos oratorios; abrianles, en fin, de una vez todas las fuentes de la literatura.

Tal vez seria este el lugar de referir los públicos ejercicios que los Jesuitas hacian sostener á sus discípulos; pero no sé en qué consistian, ni si los hubiese en otros colegios fuera de Francia. Lo que sé es, que allí eran dirigidos de manera, que fijando su atencion sobre objetos, que segun el precepto de Horacio unian lo útil á lo agradable, los formaban para hablar en público, espresarse con facilidad y con gracia, y sobre todo para vencer la natural timidez, cuyos efectos son con tanta frecuencia, perjudiciales en el trato que es forzoso tener con los hombres. Recuerdo haber leído no sé en qué libro, que el difunto príncipe de Conti, padre del que existe hoy en algun lugar de España, fué encargado por Luis XV de examinar al delfin su hijo, que hacia entónces sus estudios bajo sus preceptores. Este príncipe de Conti tenia mucho talento, y lo habia cultivado con provecho en el colegio de Luis el grande, en Paris, donde habia sido educado. El quedó contentísimo de todas las respuestas que dió el delfin á sus muchas y diversas preguntas; y dando cuenta al rey de la satisfaccion que habia experimentado: *Señor, le dijo, no le falta sino un aire de colegio.* Esta reflexion es profunda: ella demuestra en primer lugar la superioridad de la educacion pública sobre la privada: ella prueba además, que la primera dá un tono fácil y de libertad, que es infinitamente raro que se adquiriera en la segunda.

Yo pido aquí mil perdones á los jansenistas, que hacian resonar tan alto su moral severa, pero no tomarse parte con ellos en las diatribas que se permitian contra los Jesuitas franceses, con motivo de las obras teatrales que estos hacian representar. Sin entrar en discusiones que podrian hacerme demasiado largo, prefiero referirme á Montaigne, cuyo sufragio es un poco mas imponente que el suyo, y los remito al capítulo en que hace el elógio del rector del colegio de Guyenna, que habia tenido grandísimo cuidado de hacer representar obras teatrales por sus discípulos, entre los cuales se contaba él mismo. Sé bien que tales obras no presentaban, ni podian presentar un grande interés, porque se alejaba cualquiera cosa capaz de inflamar las pasiones, aunque algunas rijan aun en la lectura; pero ellas formaban á los jóvenes en la declamacion, y les procuraban las ventajas de que he hablado mas arriba.

Finalmente, llegaba la edad en que se desenvuelve la razon; y entónces era cuando los Jesuitas conducian insensiblemente á sus discípulos á cuanto es de su resorte y dominio. La lógica, la metafísica, la moral, la física, las mismas matemáticas, eran por dos años el objeto de sus lecciones, y lo que se llamaba curso de filosofía. Despues de esta época, los es-